

traba injusta, dejaba a una parte esas conexiones. ¡Qué! ¿necesitará, por ventura, considerarse aludido para rechazarla aquel que vea en la filosofía, no la creación arbitraria de un pensador, sino la más elevada manifestación de lo absoluto en el pensamiento humano pura de todo personalismo y destinada a congregarse en el culto de la verdad a todos los hombres que se consagren a las nobles tareas de la meditación?³⁰

Siendo justos, no obstante, hay que señalar que la reseña de Manuel de la Revilla es con mucho la mejor, porque no sólo recoge los puntos mencionados por González Serrano, Montoro y Clarín, sino que, explotando lo que únicamente se intuye en los artículos del autor de *Solos*, plantea un análisis del libro de Perojo en el contexto intelectual y político en el que aparece, partiendo de una visión totalmente afin a la tendencia del libro, lo que le permite saludar la dirección neokantiana de Perojo como uno de los caminos de la filosofía del porvenir:

La filosofía será, pues, ante todo, una crítica, y después, en los límites dichos, una metafísica; lo que no será jamás es una teología. ¿Se enseñoreará por esto la impiedad de la conciencia y de la historia? ¿Sucumbirá la ley moral, y el crimen y el desorden serán dueños del mundo? De ninguna manera: lo divino, misterio impenetrable, eterno, desconocido para la ciencia, vivirá como siempre ha vivido, en el santuario de la conciencia humana, al calor vivificante del amor y de la fe; la ley moral vivirá también en esa misma conciencia basada como en roca inquebrantable en aquel imperativo categórico del que habla Kant y robustecida por el sentimiento religioso³¹.

E indicar el regeneracionismo intelectual que suponen los *ensayos* en su intento de enlazar con el pensamiento europeo. Concluye Revilla:

felicitarlos también de que España salga de su aislamiento científico y entrando en el concurso de los pueblos cultos, dé cabida a las nuevas ideas. Síntoma de renovación científica, fecunda y provechosa, es el libro del Sr. Perojo. ¡Haga el cielo que esta renovación se cumpla y que el pensamiento filosófico de nuestra patria sea vivificado por el hábito poderoso de la viril y fortificante tendencia iniciada por el más grande de los pensadores modernos, por el incomparable Kant!³²

Las citas anteriores muestran el paralelismo del pensamiento de Perojo y Revilla, o si se quiere, la adscripción casi incondicional del poeta y crítico español a las doctrinas neokantianas que divulgaba el discípulo de Kuno Fischer. Pero decía que el gran mérito de la reseña de Revilla es que muestra desde la visión que va a ser imperante en la *Revista Contemporánea* (simpatizante con el positivismo y militante en el neokantismo), la relación entre la obra de Perojo y el contexto intelectual al que llega. Según esta perspectiva, el cuadro histórico-intelectual en el que se inserta el libro de Perojo es el siguiente: el krausismo venía dominando el mundo de las universidades y ateneos como fórmula exclusiva de la filosofía moderna. Tal uniformidad corría el peligro de ser causa de petrificación y dogmatismo, dado que

la ciencia es, ante todo, movimiento, variedad, lucha; y sólo a esta condición es ciencia viviente y fecunda³³.

³⁰ R. Montoro: «El Movimiento intelectual en Alemania. Apuntes críticos sobre el libro del Sr. Perojo». *Revista Europea* (17-X-1875); pág. 632.

³¹ M. de la Revilla: «El Neo-kantismo en España. Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania por D. José del Perojo». *Revista de España* (28-XI-1875); pág. 156.

³² M. de la Revilla: «El Neo-kantismo en España». *Revista de España* (28-XI-1875); pág. 157.

³³ M. de la Revilla: «El Neo-kantismo en España». *Revista de España* (28-XI-1875); pág. 145.

Y, además, facilitaba de hecho un aislamiento cultural de Europa, cuando había sido años ha el foco máximo de europeísmo. De este modo, cree Revilla, pese al esfuerzo enorme de los krausistas, era necesario catalizar el movimiento intelectual europeo, conectar el mundo de las universidades y ateneos con las novedades europeas (de nuevo se anuncia el espíritu que andará en las páginas de la *Revista Contemporánea* hasta 1879 por lo menos):

Era, pues, necesario que nuevos elementos vinieran a rejuvenecer entre nosotros el espíritu filosófico y las agitaciones de una lucha fecunda reemplazaran a la corruptora paz que engendraba la exclusiva y tranquila dominación de la escuela creada por Krause³⁴.

Revilla concluye señalando dos facetas en esta lucha: una, ya está fraguando, y es la polémica interior entre distintas escuelas filosóficas e incluso en el seno de la cada vez menos perfilada escuela krausista:

Afortunadamente la lucha comenzó. Un insigne pensador, émulo de Balmes, dio nueva vida al escolasticismo, sustituyendo con vigorosas enseñanzas y levantadas polémicas la gárrula gritería de los ultramontanos de segunda fila que en España pululan; voces aisladas comenzaron a elevarse en pro de la grandiosa doctrina hegeliana y en pro también de la escuela espiritualista y del moderno materialismo, y en la misma escuela krausista se señalaron divisiones que anunciaban una transformación necesaria y conveniente³⁵.

La segunda faceta es la que viene a iniciar el libro de Perojo, y que complementará la *Revista Contemporánea* que, ciertamente, en sus primeros años cabe en la correcta definición del profesor Núñez Ruiz: «constituye la principal plataforma pública de las ideas criticistas y positivistas en España»³⁶.

Aunque sólo a título de apunte, la exposición anterior pone de relieve el impacto de los *Ensayos* de Perojo en la vida cultural española de los primeros momentos de la Restauración, máxime cuando se tiene la suerte de contar con cuatro reseñas de gran calidad y llevadas a cabo desde ángulos diferentes, si bien hay una cierta proximidad en la perspectiva filokrausista de González Serrano y Clarín, y en las abiertas reticencias al krausismo que muestra el hegeliano Montoro y el antiguo krausista Manuel de la Revilla. Tales reseñas dejan entrever con claridad lo que las discusiones del Ateneo de Madrid revelaban también desde el inicio del curso 1875-1876: el debate en torno a la cuestión del positivismo, que en los intelectuales hijos del krausismo derivó en un intento de armonizar el método que los positivistas divulgaban con el originario sentido idealista de su formación. Es decir, conseguir una armonía entre la especulación y la experiencia y la experimentación que representaban las nuevas doctrinas de corte positivista. El krausopositivismo (así llamamos esa armonía desde que Adolfo Posada propuso el término para situar la trayectoria ideológica de Gonzá-

³⁴ M. de la Revilla: «El Neo-kantismo en España». *Revista de España* (28-XI-1875); pág. 146.

³⁵ M. de la Revilla: «El Neo-kantismo en España». *Revista de España* (28-XI-1875); pág. 146.

³⁶ D. Núñez Ruiz: La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis, ob. cit.; pág. 44. No estimo acertada la apreciación excesivamente rígida de Iris M. Zavala según la cual la orientación de la primera época de la *Revista Contemporánea* es «darwinista y ateneísta, con poca simpatía hacia el krausismo y el neocatolicismo» (I.M. Zavala: «La prensa ante la revolución de 1868» en C.E. Lida/I.M. Zavala: La revolución de 1868: historia, pensamiento, literatura. Nueva York, Las Américas, 1970; pág. 303).

lez Serrano³⁷) intentó superar el dualismo racionalista del mundo moderno, intentó, en fin, no aislar a la filosofía pura, desinteresada. De ahí que las reseñas de Alas y Serrano sean discrepantes precisamente en aquellos puntos en los que Perojo, fiel a su tendencia, parece desdeñar el mundo de la especulación y aislar a la filosofía, o bien reducirla a un papel auxiliar. Así González Serrano escribía:

Dudamos mucho que sea defendible que el único objeto de la filosofía es dar condiciones sistemáticas a las ciencias particulares³⁸.

En Leopoldo Alas encontraremos estas mismas discrepancias cuando semanas después analice el libro de Drapper³⁹ y formule más explícitamente una posición que puede encajar en líneas generales con un anticipo de lo que recientemente se ha llamado el krausopositivismo de Alas⁴⁰. Discre-

³⁷ El ensayo de Adolfo Posada en el que se propone el término krausopositivismo data de 1892: «Los fundamentos psicológicos de la educación según el Sr. González Serrano» (Ideas pedagógicas modernas. Madrid, Victoriano Suárez, 1892; pág. 114-119). De este ensayo merece destacarse la siguiente reflexión: «El krausismo fue la forma con que aquí se produjo el renacer filosófico. González Serrano es de los que, principalmente en sus comienzos, en el aprendizaje de filósofo, se formaron más en el corazón de la corriente krausista, bajo la dirección del Sr. Salmerón. Pero no encalló en el sistema. Quedó, sí, en su filosofía aquella nota de sinceridad, de austeridad y rectitud en el pensar, de prudencia en el afirmar, que son características de la escuela krausista española y que nacen de la tendencia que va en germen en la filosofía de Krause, a imponer como norma a la conducta el pensar mismo, en cuanto es recto, condenando los eclecticismos, las componendas doctrinarias, las

transigencias con el mal existente; tendencia que se revela, en el mismo Krause, en su fecunda idea del Derecho y que es causa de la importancia pedagógica de su filosofía.

La doctrina, o más bien la dirección total del pensamiento, que hubo de influir sobre el krausismo de González Serrano, fue la positivista. Pero esta corriente, a pesar de sus grandes atractivos, de su imponente cortejo de importantísimas investigaciones, no arrastró al filósofo español. Le ilustró, haciéndole recoger los resultados de la investigación realista, directa, sobre las cosas mismas; le hizo más prudente aún y estimuló su nativo espíritu crítico. La posición que en su krausopositivismo ocupa González Serrano es la indicada» (A. Posada: Ideas pedagógicas modernas, ob. cit.; pág. 115).

De otro lado, el importantísimo prólogo que Clarín antepuso al libro, trazaba un panorama y un balance del krausismo español en el que —creo— se encuentra la valoración más justa del movimiento en el que

se formó años antes. Precisamente le achaca, como derivación negativa, el haber intentado ofrecer «soluciones prácticas para todos o los principales problemas de la conducta, y el hacer solidario de la eficacia de estas soluciones el valor ideal de las doctrinas desinteresadas» (L. Alas: «Prólogo» a Ideas pedagógicas modernas, ob. cit.; pág. XVI).

³⁸ U. González Serrano: Ensayos de Crítica y de Filosofía, ob. cit.; pág. 197. Sin embargo, progresivamente y en tanto nos acercamos a 1880, González Serrano irá tratando de conciliar la especulación y la experiencia. Manuel de la Revilla afirmaba en su «Revista Crítica» (Revista Contemporánea, 15-II-1879) y a propósito de los debates del Ateneo que: «el Sr. González Serrano ha declarado el actual estado de la metafísica, aceptando humilde los resultados de la ciencia experimental, renunciando a su tradicional idealismo, y buscando una fórmula conciliadora entre la especulación y la experiencia, que bien podrá hallarse en una forma supe-

rior de panteísmo que se relacione íntimamente con el monismo de los naturalistas modernos» (p. 383). Y, en efecto, por este camino marcharía su reflexión intelectual en años venideros, concretándose en los trabajos sobre la psicología científica y filosófica que publicó en la Revista de España.

³⁹ Se trata del controvertido libro de J.W. Drapper: Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia que con traducción de Augusto T. Arcimis y con importante prólogo de Nicolás Salmerón, inauguró la «Biblioteca Contemporánea» de Perojo. La reseña de Clarín apareció en El Solfeo el 17 de abril de 1876.

⁴⁰ Véanse los capítulos del profesor L. García San Miguel a propósito del «Krausopositivismo» de Alas en Apuntes de clase de Clarín (1896) (ed. L. García San Miguel y E. Díaz). Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias, 1986; pág. 33-40. No obstante, y sin poner en duda que el inicial krausismo de Alas se tiñe de metodología positivista —y en la novela, de